

## ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS (AP)

### **(AP) ¿ Qué tendrá que ver el clima con la educación superior? (I) – 20/04/1989 (Castellano)**

*La Economía, 20/04/1989*

Cierre usted los ojos e imagine una universidad de prestigio mundial. Lo más probable es que piense en solemnes edificios envueltos en brumas, o en un campus impecable, recién nevado. Difícilmente se le habrá ocurrido ubicar esta universidad ideal en un clima templado y agradable, y es probable que, si lo ha hecho, los estudiantes se le hayan escapado a practicar el suri, a hacer una revolución o ganar dinero sin esperar a tener su título; depende de la época y lugar a los que le haya llevado su imaginación.

Lo que es casi seguro es que no se le ha ocurrido pensar en la España de nuestro futuro próximo, en estudiantes y profesores venidos de toda Europa, en un clima de trabajo compatible con la bondad del tiempo atmosférico. Me gustaría convencerle de que vale la pena forzar la imaginación en esta dirección y de que, si lo hacemos, la educación superior puede convertirse en uno de nuestros grandes productos de exportación, como el turismo.

¿No será irreverente hablar de la educación como un producto exportable y, además, compararlo con una vacaciones al sol? Desde luego que no. Los economistas han reconocido desde hace tiempo que la educación es un bien económico de primera importancia y no por una, sino por muchas razones. Algunas de éstas son más pertinentes cuando hablamos de educación primaria y secundaria, y hacen que el apoyo estatal a estos niveles de enseñanza resulten ineludible: la educación está en la base de la igualdad de oportunidades, y sus beneficios sobre la productividad y la calidad de la vida se extienden mucho más allá del interés inmediato de quien la recibe directamente.

Otras razones se van haciendo más relevantes a medida que avanzamos hacia los niveles superiores de la educación. Los títulos son señales en el mercado de trabajo: informan sobre quién los posee, aunque no siempre digan lo que se cree. Estar en posesión de ciertos diplomas puede demostrar más paciencia que talento, pero también ciertos empleos requieren más de lo uno que de lo otro, así que lo conveniente es saber interpretar las señales. Creación de capital humano, beneficios difusos de una sociedad educada, promoción de la justicia y la igualdad, generación de información: todas son razones por las que cualquier sociedad se beneficia de proporcionar educación a sus ciudadanos, a todos los niveles. Hablar de la educación como un bien económico no sólo no repugna, sino que es una necesidad. Lo que quiero añadir es que la educación superior puede verse como una verdadera industria de servicios, producir y exportar un buen producto educativo puede ser un negocio de importancia nacional en el contexto de una Europa unida, y el clima que ofrece España es más favorable de lo que imaginamos.

Las analogías con el turismo son muchas. Ciertamente, la manera de exportar educación superior es atrayendo estudiantes extranjeros, igual que exportamos servicios hoteleros atrayendo visitantes. Otra es que ambas se basan en el clima. Pero debería estar claro, por lo que nos ha dicho la imaginación, que no estoy hablando aquí del clima atmosférico, sino de otro más sutil, pero no por ello menos real. La industria de la enseñanza superior, por mucho que necesite de capital abundante, es una industria artesanal, y la calidad de sus productos depende de la valía de los artesanos, los profesores y de la calidad de sus materiales de trabajo, los alumnos.

Sería un error dar por sentado que los grandes centros educativos y de investigación de la Europa del futuro deban estar en el Norte: el clima que atraiga y retenga a buenos profesores y

estudiantes es aquél donde triunfará una gran industria educativa, y poco tienen que ver con él tanto el calor como el frío. Buscar calidad, en cambio, y que se sepa, forma parte del clima adecuado y, además, tiene otras ventajas.

Desde luego, educación superior la hay, y la seguirá habiendo, en cada uno de los países europeos. Ningún país cerrará sus universidades, y en cada uno irá aumentando la oferta de programas de alta formación profesional, cuya necesidad es cada vez más sentida. Pero ocurre que la producción de enseñanza superior puede o no venir acompañada de la producción de investigación. Desde luego, muchas exigencias inmediatas de la formación profesional, incluso a niveles avanzados, se pueden satisfacer desde centros y por colectivos cuyos niveles de investigación sean escasos o nulos. Basta con ver la proliferación, incluso el éxito, de muchos programas Master-en-lo-que-sea, que a algún colectivo deben dar servicio.

Y, por otra parte, existen centros de investigación sin obligaciones docentes específicas desde los cuales se hace, o se podría hacer, investigación de todo tipo. Con todo, la mejor fórmula que se ha inventado, hace ya mucho tiempo, para generar, sostener y difundir la investigación, es que ésta se haga en el seno de programas educativos avanzados en conexión con titulaciones de postgrado. No se trata de inventarla, sino de ver si es posible aplicarla: fomentar la investigación promoviendo la enseñanza superior de calidad, creando centros de renombre internacional. Interesa hacerlo, porque el liderazgo científico comporta enormes ventajas, muchas de ellas económicas.

Y existe un test incontrovertible del éxito o del fracaso de un esfuerzo en esta dirección: la capacidad de exportar educación superior, o equivalentemente, la capacidad de crear centros que atraigan a estudiantes extranjeros. ¿Puede hacerse esto en nuestro país?